

Juez del Purgatorio - Primera Jornada

Carlos Manuel Blanco



Capítulo 1

I

No era muy distinto a los antros que podrían encontrarse en la recientemente restaurada Honolulu, locales modernos y de estilo futurista, un estilo que había pasado a ser el de moda. Éste en particular había probado con combinar ese estilo futurista con elementos polinesios, notándose relieves de máscaras tiki en las plateadas paredes o patrones que imitaban los tatuajes maoríes en la barra y en los bordes de la mesa. Todos esos detalles era posible verlos bajo las luces multicolores de los neones, instalados a todo lo largo del lugar, iluminando el lugar con una totalidad magenta, púrpura y azul. En el salón contiguo al bar se escuchaba el estruendo de una rave, los bajos retumbaban incluso a través de las paredes plateadas del local.

En el centro de la estancia estaban sentadas dos personas. Una era una chica, cabello largo, de un rubio platinado, ojos azules. Una gran sonrisa se asomaba a través de sus labios mientras tonteaba con quién le hacía compañía. Reía con alegría y había cierta vivacidad en sus movimientos, en el aspecto desmayado de sus gestos. Llevaba un vestido acorde con el lugar, un vestido corto y escotado, color magenta, sin mangas, con los hombros cubiertos con unas mallas blancas semejantes a tela de araña. La tela del vestido tenía unos pequeños patrones que, aguzando un poco la vista, semejarían un arrecife de coral. El aspecto de la chica era destacable, de eso no había dudas.

Pero el aspecto de su acompañante era también destacable. Más no por estar acorde al lugar, más bien todo lo contrario, no podría ser más distinto. Era un hombre de largo cabello rojo, un rojo bermellón que la chica asumía no se podía obtener de forma natural (aunque tampoco importaba mucho, ya que a todo el mundo le daba por tintarse el pelo en estos tiempos), sus ojos eran de color ámbar, aunque siempre existía la posibilidad que fueran lentillas (tampoco algo raro hoy por hoy).

Pero si bien esos dos elementos coincidían con el tipo usual en estos tiempos que corrían, todo lo demás se salía de lo usual. Lejos de la moda futurista acostumbrada, el tipo vestía con una camisa gris, con un chaleco blanco cubriendo su pecho y con el cuello cubierto con un pañuelo de color rojo, con patrones que (según ella creía) eran arábigos, cosidos en hilos verdes y blancos. Sobre los hombros llevaba una cazadora de cuero marrón, de aspecto un poco gastado, y sobre la mesa había colocado un sombrero Panamá color crema, el cual, hasta hace poco, le adornaba la cabeza.

La chica se había sentido intrigada por este tipo, el cual de la nada le había invitado una bebida y se le había acercado con una confianza casi

descarada. El sujeto era peculiar, y tenía pinta de ser bastante excéntrico, pero pronto ella le dio oportunidad a su cháchara, a ver qué salía. Pronto se empezó a dar cuenta que el tipo le agradaba, a pesar de su aspecto, su charla era amena y divertida, tenía un montón de historias locas que ella no se acababa de creer, aunque nunca especificaba a qué se dedicaba.

También debía admitir que, en lo que respectaba a su aspecto, era un tipo atractivo. A pesar del color intenso de su cabello y de sus ojos, era un chico con un rostro bien definido y delineado. Lo único que rompía esa simetría era una cicatriz bastante profunda, que pasaba por el costado derecho de su rostro, cruzándole el ojo a través del párpado. Sea lo que fuera que le pasó, casi perdió el ojo.

A pesar de todo, incluso con la curiosidad que sentía por aquella característica del sujeto, ella no se atrevió a preguntarle hasta bien avanzada la conversación, no fue hasta que llevaban ya unos cuántos shots de tequila encima, que finalmente la chica se atrevió a formular su duda.

– Por cierto ¿Cómo te hiciste esa cicatriz en la cara? – Preguntó la chica, con cierto tono cauteloso.

Lejos de cómo esperaba ella que podría reaccionar el tipo, éste no pareció molestarse ni poner una cara triste ante aquella pregunta. En su lugar, y para sorpresa de ella, el sujeto soltó una risita mientras se rozaba la cicatriz con la punta de los dedos, mientras la miraba a ella a los ojos.

– ¿Ésta? – Preguntó como si le divertiera la pregunta. – Es un pequeño recuerdito de la India, durante una pelea. Igual acabó bien.

– ¿Qué acabó bien? ¡Si casi pierdes el ojo! – Exclamó sorprendida la chica ante la calma del otro.

– Pero al menos no morí. – Respondió él con tranquilidad, dándole un trago a su vaso de tequila.

“Definitivamente este tipo es raro” pensó de inmediato la chica, por la actitud despreocupada de su acompañante. Pero no pudo evitar sonreír ante su respuesta, la verdad es que el tipo le estaba agradando.

– ¿Y exactamente qué estabas haciendo en la India? – Aventuró la chica con curiosidad.

– Trabajo, básicamente. Cosas del trabajo. – Le respondió el tipo, alzándose de hombros. La chica esperó un momento a ver si éste contaba

más, pero éste no dijo más.

– ¿Y ese trabajo tuyo te lleva a sitios peligrosos con frecuencia? – Preguntó la chica, sin querer darse por vencida en saber más de su acompañante.

– Créeme que India fue uno de los más tranquilos. He estado en todos lados: Afganistán, Camboya, Sudáfrica, Colombia, Bosnia... - Comenzó el tipo a enumerar, contando con los dedos mientras giraba los ojos hacia arriba. Hasta que la chica, boquiabierta, le interrumpió.

– ¡Madre de Dios! ¿Qué eres acaso? ¿Contratista militar? ¿Mercenario? ¿Mafioso? – Preguntó la chica, pensando qué clase de trabajo tenía este tipo para tener tal cicatriz en la cara.

– No, no y no. Aunque sí que a veces trabajo de cerca con alguno de ellos. – Afirmó el hombre, antes de mirarla a los ojos. – ¿Y por qué estás preguntando? ¿Acaso te asusto?

– ¿Tú a mí? – Preguntó la chica, antes de soltar una risita. – La verdad es que no, al principio si un poquito. Pero ahora que te veo y hablo, veo que eres más como un perro enorme con cicatrices, pero al final inofensivo.

– Bueno... no me definiría a mí mismo como "inofensivo". – Aclaró el chico, rozándose de nuevo la cicatriz.

– Claro, por supuesto. – Exclamó la chica con una sonrisa. – Yo digo que... te me pareces a uno de esos perros de raza grande, que se ven feroces, y seguramente los son. Pero con los que sabes que, estando a su lado, estarás segura ¿Acaso erro en eso?

– En lo absoluto, bonita. – Le dijo el chico sonriendo.

– Evgenia, mi nombre es Evgenia. – Le recordó la chica sonriendo.

– Discúlpame, bonita Evgenia. – Dijo el hombre con un tono tranquilo. –

Es solo que tu nombre es un poco complicado.

– Me pasa seguido siempre que voy de vacaciones. – Dijo la chica, restándole importancia con un ademán de la mano. – Si te parece mejor, puedes decirme Jenya.

– Jenya... – El hombre pronunció el apodo lentamente, como si lo estuviera saboreando. – Me gusta, la verdad. Suena bien y es fácil de recordar.

– Es la idea. – Dijo la chica sonriendo, mientras comenzaba a jugar con un mechón de su cabello. – ¿Y cuál era tu nombre, mi misterioso acompañante?

– ¡Dios! ¿Mis modales dónde quedaron? – Le extendió la mano a la chica, sonriendo de forma cálida. – Soy Jonathan, Jonathan Reid. Un placer.

Capítulo 2

II

Rehael se encontraba tensa. Sorath, su compañero, podría aparecer en cualquier momento. Si llegaba a encontrarla sola, podría arruinar todo su plan. Lo peor es que no podría hacer nada, no debía de hacer nada hasta que Zoldi apareciera. Cualquier cosa antes de que él llegase podría terminar por arruinar absolutamente todo. Ella se maldijo por dentro ¿Por qué maldita razón había decidido confiar en ese desgraciado impío? Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Era el único que entendía la importancia de su misión.

Se encontraba de pie sobre una colina, a las afueras del restaurado centro urbano de Honolulu. Las luces de neón brillaban en tonos multicolores: morados, azules, verdes y rojos. Parecían la luz del sol colándose a través de un vitral, las imágenes de un caleidoscopio lleno de piedras brillantes. Sus hermanos, en el Cielo, veían aquel espectáculo y estaban seguros que los humanos iban a recuperar lo que habían perdido en la guerra. Pero a ella esos espectáculos de caleidoscopio no la engañaban, los humanos aún estaban tentados. Seguían bajo el influjo de las tentaciones mortales, embelesados por el dulce y seductor rumor del pecado, no importaba cuánto hubieran sufrido durante la guerra.

Era cuestión de tiempo para que volvieran a ser usados como carne de cañón de los demonios, sus hermanos estaban seguros que podrían revertir el fatídico destino que les esperaba a los humanos. Pero ella no se hacía ilusiones, sabía que una vez estuvieron condenados, lo único que hizo el Purgatorio fue retrasar la justa expiación que merecían.

Una voz a sus espaldas la sacó de sus pensamientos, una voz que justamente ella no quería escuchar, no en ese momento.

– Rehael ¿Me habías llamado? – Preguntó Sorath, el cual se veía intranquilo y expectante.

Rehael se maldijo en silencio, antes de girarse y mirar a los ojos a su compañero ángel. Era un muchacho alto, de piel oscura, ojos azules y largo cabello blanco. El muchacho vestía con una camisa gris arremangada, jeans y tenis. Era su debilidad, la ropa humana, sobre todo la ropa cómoda. Sorath era de los que creía que los humanos tenían posibilidad de redimirse, a ojos de Rehael, el pobre era demasiado ingenuo.

El joven ángel se fijó en la ropa de Rehael, sabía que ella solía ir vestida de forma más elegante. La mujer estaba dotada de una belleza hipnótica, tenía el cabello largo y azul, ojos de color celeste, piel blanca como la

porcelana y solía vestir con ropa elegante, por lo general con un traje chaqueta, lo que siempre le daba un aire de distinción que la ayudaba a pasar desapercibida como una oficinista o una empresaria. Pero en su lugar, ella llevaba un traje negro, con una camisa con cuello de tortuga, pantalones de campaña, botas militares y una larga gabardina negra.

– ¿Por qué llevas el traje de operación? Aún no nos han asignado ninguna misión, Rehael. – Preguntó el chico confundido, no era usual en ella actuar fuera de las órdenes de los Arcángeles.

– Sorath... lamento que llegases antes de tiempo. – Dijo la mujer, como con lástima.

– ¿Cómo? ¿De qué estás hablando, Rehael?

– Hablo de que vienes antes de tiempo, pero aún puedes esperar un poco, para que puedas entenderlo todo.

– ¿Entender qué, Rehael? No te sigo para nada.

Rehael estuvo a punto de hablar, hasta que, de súbito, de detrás suyo, una figura se elevó en el aire. Era un hombre desnudo, de cuerpo fibroso, sus ojos eran como dos flamas rojas brillando en sus cuencas. Su cabello era oscuro, en su mano blandía una espada curva y en su espalda tenía alas que asemejaban las de un murciélago. Rehael se quedó impactada y apenas pudo reaccionar mientras el hombre desnudo aterrizaba frente a Sorath, el cual no tuvo tiempo de reaccionar o invocar sus armas. Todo había ocurrido demasiado rápido, y antes que pudiera ella dar un respingo, el hombre desnudo dio su golpe.

La espada hizo un tajo limpio, en horizontal. La cara de Sorath se quedó tensada en una expresión de sorpresa, mientras el filo fantasmal de la hoja cortaba tendones, arterias, músculo y hueso. La cabeza del ángel salió volando colina abajo, mientras el cuerpo decapitado caía desplomado sobre sus rodillas, con el cuello disparando chorros de sangre hacia el cuerpo desnudo del asesino, el cual se alejó del chorro y se comenzó a limpiar la sangre con gesto fastidiado.

– Ni siquiera muerto dejas de ser una molestia... – Dijo el hombre desnudo, de forma despectiva, mientras veía el cadáver sin cabeza del ángel desde lejos.

¡Por el Cielo y el Infierno! ¿Se puede saber qué acabas de hacer, Zoldi? –

Exclamó enfadada Rehael, apretando los puños y dándole un puñetazo entre los omóplatos.

Zoldi contuvo un gemido de dolor, mientras hacía una mueca por el golpe. Se giró y miró al ángel mujer con una sonrisa despreocupada, mientras blandía la espada para limpiar la sangre. Era un muchacho alto y fibroso, de cabello corto y negro, ojos rojos que brillaban intensamente y la piel tan blanca como el alabastro.

– Hice lo que hacía falta, es parte del plan. – Dijo él con tono frío y tranquilo.

– ¿Parte del plan? ¡Maldito demonio desquiciado! – Apartó ella de un empujón a Zoldi y se acercó para ver el cadáver decapitado de Sorath. – ¡Dios mío! ¡Sorath! – Exclamaba ella horrorizada, llevándose la mano a la boca.

Zoldi recuperó el equilibrio y miró a la mujer con expresión fastidiada, para luego clavar la espada en el suelo.

– Acéptalo, Rehael. Él nunca iba a aceptar tu plan. – Le dijo acercándose a ella por atrás.

– ¡Tú maldito impío! – Exclamó la mujer, girándose furiosa hacia el demonio con el brazo en alto con intención de darle un puñetazo con la mano derecha.

Él esquivó el puñetazo, moviéndose hacia el lado izquierdo de la mujer, tomándole la muñeca y torciéndole el brazo tras la espalda. La mujer gruñó de dolor y de rabia mientras el demonio la tumbaba contra el suelo, poniendo una rodilla sobre su espalda. Ella estuvo a punto de invocar sus alas, como una manera de librarse del agarre de Zoldi.

– ¡Ni se te ocurra, Rehael! – Le advirtió el demonio. – Invoca tus alas y verás cómo vas a llamar la atención de todo el mundo a setenta kilómetros a la redonda.

La mujer se pensó mejor la cosa, y para su pesar tuvo que ceder a las palabras de Zoldi. Tenía razón, iba a llamar la atención. Todo el mundo sabría lo que acababa de pasar, y en ese momento era lo que menos le convenía.

– ¿Por qué era necesario matar a Sorath? – Preguntó la mujer, con su voz rota por la rabia. – Lo conocía muy bien, lo habría convencido.

– No lo conocías tan bien, Rehael. – Le respondió el demonio en un tono inusualmente dulce, susurrando en su oído.

– ¿De qué estás hablando? ¡Llevo siglos con él! – Dijo ella, al segundo sintió una punzada al referirse a Sorath en tiempo presente.

– Precisamente, él te conocía muy bien. Y Miguel lo sabía muy bien. – Respondió Zoldi.

Rehael se quedó de piedra en ese momento ¿Se refería acaso al mismísimo arcángel Miguel? ¿El Gran Comandante de los Ángeles? ¿El que la había enviado a la tierra a ayudar a reconstruirla?

– ¡Eso no puede ser, Sorath no tenía nada que ver con Miguel! – Protestó la mujer, negando con la cabeza.

– Niégalo cuánto quieras, pero he descubierto cosas por allí. A algunos de tus hermanos ángeles les cuesta mantener la boca cerrada.

– ¡No puedes hablar en serio! – Siguió protestando la mujer, pero ya no se oía tan segura.

– Miguel no te envió en la tierra para reconstruir la tierra, ya te digo que ese viejo ángel es más listo que eso. Lo hizo para mantenerte vigilada. – Le reveló el demonio, Rehael se quedó callada. – Después con tu pleito en el Consejo Celestial, éste decidió mantener un ojo sobre ti, ya de seguro se intuía que algo planeabas. Y necesitaba a alguien que te vigilara, alguien que le pusiera al corriente de tus planes. Pero no podía ser cualquiera, tenía que ser alguien que fuera lo bastante leal para que no lo traicionara y que fuera cercano a ti para que no sospecharas. Y al final encontró al candidato perfecto...

– Sorath... – Dijo la mujer, encajando las piezas. Una punzada de dolor le cruzó el cuerpo, su mente era un torbellino de sentimientos y pensamientos contradictorios. Sorath, su viejo compañero, que lo había considerado su amigo... era un topo de Miguel.

– ¿Entiendes por qué necesitaba matarlo? – El demonio aflojó el brazo de la mujer, hasta finalmente soltarlo. – El plan iba a peligrar si seguía vivo, incluso si intentabas convencerlo. De hecho, habría sido peor, no se

habría aguantado de notificarle a Miguel, y todo nuestro plan se habría ido al caño. Era mejor eliminarlo, y así el viejo arcángel se quedaría sin ojos en la tierra.

Rehael se quedó en el suelo, su mente todavía se afanaba en tratar de dar orden a todo lo que pasaba, trataba de procesar todo cuánto Zoldi le había dicho ¿Podía dar crédito a un impío? ¿Y qué tal si le estaba mintiendo? Pero en el fondo lo sabía, sabía que sus hermanos desconfiaban de ella. Y sabía que el viejo arcángel Miguel era capaz de mandar a alguien a vigilarla... y sabía que Sorath sería lo bastante ingenuo para creer en lo que fuera que el viejo arcángel le dijera. El pobre era un buen chico, pero no tenía demasiadas luces.

La mujer se incorporó, sentándose sobre sus tobillos. Se la notaba menos alterada, pero igualmente se la veía nerviosa y preocupada. Miró a Zoldi alarmada cuando una idea cruzó su mente.

– En cuanto se enteren de la muerte de Sorath... avisaran al Purgatorio. Enviarán a un Juez y a un Verdugo a por nosotros. – Afirmó la mujer asustada, mirando sobre su hombro.

Zoldi sonrió despreocupado ante la afirmación de Rehael.

– No se enterarán pronto, me he asegurado de no dejar rastro hasta acá. Y tú puedes dar fácilmente una excusa si te preguntan. – Respondió el hombre, acercándose para tomarla delicadamente del mentón para que le mirara a los ojos. – Incluso si envían al único Juez que tienen cerca, éste tendrá que actuar solo. Seríamos dos contra uno, y ni un Juez puede arreglárselas... no si nos coordinamos bien, querida.

Rehael se quedó confundida a causa de aquella afirmación de Zoldi.

– No entiendo ¿Cómo sabes que el Juez estará solo? – Preguntó ella abriendo mucho los ojos.

Zoldi sonrió de forma viperina ante aquella pregunta.

– Verás, querida... ya he matado a su compañero Verdugo.

Capítulo 3

III